

La prisa con que Athol accedió á su proposición, le turbó.

Athol, en efecto, tomó el cuerpo de Manuel y lo cargó sobre sus espaldas.

Antes de esto había quitado á Felice Tavola su sortija de hierro.

—Ahí tenéis lo que habéis ganado, David—le dijo entregándosela.

Y se dirigió hacia la puerta con su carga á cuestas. La sangre de Manuel corría sobre su camisa.

Al pasar el umbral dijo:

—Voy á enviaros á Cucuzone por el otro.

Johann no respondió. Miraba correr la sangre de Manuel. Sus dos manos se crisparon sobre su pecho, y dejándose caer extenuado en el fondo de su garita, murmuró:

—¡Nada he hecho; ese hombre no está muerto!

XI

La leyenda de San Genaro

Sería media noche cuando Peter-Paulos se despertó en el banco del despacho de policía, donde se había quedado dormido.

Miró á su alrededor, y sólo vió la soledad, las tinieblas y lo desconocido.

—¿Estoy preso aquí?—preguntó á Privato, único compañero que había en la oficina.

Privato se encogió de hombros y continuó escribiendo.

Peter-Paulos se guardó de repetir la pregunta, y deslizóse hacia la puerta.

En la plaza del Mercato no había más que un reverbero, y en las ventanas de las casas no brillaba una sola luz.

Sin embargo, Peter-Paulos pudo distinguir al resplandor de las linternas del carruaje que se hallaba ante la casa de Johann Spurzeim, que el clown de la fuente de las Tres Vírgenes, ayudaba á otro personaje á colocar un objeto pesado y voluminoso en el referido carruaje.

El compañero de Cucuzone iba en mangas de camisa, y se hallaba oculto por la sombra.

Peter oyó que éste decía:

—Cuidado con romperle la cabeza contra la rueda.

Y que Cucuzone respondía:

—Supuesto que está muerto...

Estas palabras bastaron para abrir los ojos á nuestro inglés. Esta masa confusa tomó una forma: era un cadáver.

Y semejantes cosas pasaban en la puerta del jefe de policía.

Por fin, después de algunos esfuerzos, lograron meter al difunto en el carruaje.

El hombre que iba en mangas de camisa fué á hablar en voz baja al cochero, el cual durante toda esta operación no se había movido del pescante. La luz de los faroles alumbró el rostro de ambos.

Peter-Paulos, al reconocer el grupo de la fuente de las Tres Vírgenes, se estremeció de terror y sorpresa.

Pero lo que le había acontecido esta noche traspasaba de tal modo los límites de lo posible, que se quedó embobado como un espectador que contempla los cambios de vista de una fantasmagoría.

Después que el pescador de la fuente de las tres Vírgenes hubo hablado con el cochero, subió al carruaje donde estaba el cuerpo del muerto.

El saltarello se llegó á la portezuela y el pescador le dijo:

—¡Ahora ve por el otro!

—¿El otro qué?

El carruaje se movió y partió al galope

Cucuzone quedó solo en la plaza. Esta con la falta de los faroles del carruaje quedó en una obscuridad completa.

Luego se dirigió hacia el corredor angosto y sombrío que conducía al gabinete privado de Johann Spurzeim.

Allí era donde debía ir á buscar *al otro*.

Al llegar al dintel de la puerta hizo la señal de la cruz.

Cucuzone tenía miedo.

El corredor era largo. Durante el camino, á Cucuzone le rechinaron los dientes, cuyo ruido, añadido á su temor, hizo que le pareciese oír en la obscuridad ese lúgubre crujido que producen los huesos disecados cuando chocan unos contra otros.

En un momento dado, oyó el paso lejano de Peter-Paulos que pasaba ante la puerta exterior del corredor.

Su piel cubrióse de un sudor frío.

Por fin llegó más muerto que vivo á la puerta del gabinete de Johann, á la cual llamó.

—Entrad—contestó la voz cascada de Spurzeim.

Cucuzone empujó la puerta y ésta se abrió.

—Amigo, ¿qué quieres tan tarde;—preguntó la voz de Johann.

Cucuzone enjugaba el sudor frío de su frente.

La voz cascada de Spurzeim replicó con cierta expresión de inquietud:

—¿Quién eres, amigo? ¿no tienes nada que decirme?

—*El hierro es fuerte y el carbón negro*—respondió Cucuzone en tono doliente.

—¡Acércate! —ordenó Johann,— abre aquella puerta.

Y señaló con el dedo aquella por donde había desaparecido Pedro Falcone para dirigirse al aposento de Bárbara.

Cucuzone ejecutó exactamente esta orden.

—Excelencia—dijo el saltarello,—¿dónde está mi carga?

—Aquí—respondió Johann señalando la cortina.

—¿A dónde la he de llevar?

—A la playa

Cucuzone levantó la cortina.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó;—es el pobre señor Felice. Debe pesar mucho.

—Tú eres robusto.

—Cuando se me paga... ¿qué hay por la comisión, señor?

Johann le alargó una onza de oro. Cucuzone murmuró:

—¡No hay como las personas de posición para ser generosas!

Y cargó el cuerpo sobre sus espaldas.

Johann le dijo:

—Acuérdate de que si encuentras en el camino alguna patrulla y se sabe de dónde ha salido este fardo, mañana no amanecerás vivo.

—Excelencia—replicó Cucuzone,—no ignoro las costumbres de nuestra querida comunidad... Guárdeos Dios.

—Tomó el camino de la puerta, y á pesar de su carga, pasó el umbral con paso firme.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...

Al llegar al paso noveno la puerta se cerró.

Hay en Nápoles una leyenda—la famosa leyenda de San Genaro,—según la cual el hombre que lleva un cadáver está perdido si da cien pasos con su carga.

El pobre Cucuzone, trémulo y cubierto de sudor, emprendió su camino, procurando de cada zancada ganar un paso.

Si hubiese tenido un pico, habría abierto la sepultura de Felice Tavola en medio del corredor.

¡Morir antes de un año! ¡Morir Cucuzone que ejecutaba con tanta perfección el salto chino, el brazo de hierro y la voltereta!

Sin embargo, á pesar de todos sus esfuerzos,

va llevaba dados ochenta pasos cuando llegó al fin de ese largo corredor.

No le quedaba más que un capital de veinte pasos.

Al desembocar en la plaza del Mercato, Cucuzone vio un hombre que la atravesaba á todo correr con la cabeza descubierta, lanzando fuertes gemidos. Este hombre desapareció en la calle Albanese.

Al cabo de un rato volvió á aparecer en la misma plaza y desaparecer en la propia calle.

La luna en su último cuarto asomaba tras las casas de la ciudad antigua, disipando un tanto la obscuridad de la noche.

A favor de los vagos resplandores Cucuzone pudo reconocer en ese hombre á Peter-Paulos Brown de Cheapside.

Pero ¡cosa verdaderamente extraña! apenas había pasado un minuto cuando volvió á aparecer y desaparecer de la misma manera. Esto parecía fantástico.

La causa de sus idas y venidas consistía en que habiendo querido tomar el camino de la fonda de la Gran Bretaña, había penetrado en la calle Albanese, la cual le había vuelto á su punto de partida, dando la vuelta alrededor de la plaza.

Todo el mundo sabe cómo engaña la obscuridad. En las tinieblas no distinguía que la calle formaba una curva, y por otra parte, ese pobre «sudito» inglés estaba como ebrio.

Luego que Cucuzone llegó á comprender la situación del desgraciado Peter-Paulos, formó en un momento su plan.

Adelantó quince pasos tan dilatados como le fué posible hacia el centro de la plaza, reservándose cinco más para las necesidades imprevistas.

La línea que ocupaba, estorbaba el paso al fantástico corredor.

Este no tardó en aparecer á un extremo de la plaza caminando con paso rápido y desigual. Su respiración era anhelosa.

Estaba ciego. Con el pecho de la camisa abierto y sus cabellos amarillos en desorden, iba á precipitarse sobre Cucuzone, cuando éste le gritó:—¡Deteneos!

Peter-Paulos no deseaba otra cosa, pero la impresión que experimentó al sonido de esta voz que resonaba en su oído como el estallido del trueno, lejos de reprimir su movimiento, le hizo perder el equilibrio.

El pobre inglés fué á dar de pecho contra el cuerpo de Felice Tavola que Cucuzone le oponía á manera de escudo.

—¡Vos le habéis matado!—dijo éste dejando caer el cadáver.

—Mi pedir perdón...—murmuró Peter-Paulos.

—¡Vos le habéis matado!—replicó el clown.—¿Me entendéis?

Peter-Paulos exhaló un gran suspiro.

—¡Esto ser le clomo del infortunado!—dijo sollozando,—mí ser un asesino fomalmente.

Y quedó con los brazos caídos inmóvil como una estatua.

Cucuzone aprovechándose con astucia de su ventaja, levantó el cadáver y lo cargó sobre las espaldas de Peter-Paulos diciendo:

—¡Dios os perdone! Sólo os resta echarlo al agua.

Luego se escapó á todo correr, teniéndose por feliz de haber economizado cinco pasos. Peter-Paulos quedó solo, ebrio, loco, perdido, aterrado, no sintiéndose con piernas, ni brazos, ni ca-



El frío de la muerte tarda algunas veces mucho tiempo en venir.

beza para obrar, en medio de esta plaza desierta, con un cadáver á cuestas.



Johann Spurzeim había quedado solo en su gabinete, oyendo por breves instantes el paso asegurado de Cucuzone que se alejaba á lo largo del corredor obscuro.

En el momento en que todo volvía al silencio por la parte de la calle, llamaron en la puerta interior.

—¡Entrad!—gritó Johann.

Y cuando el médico hubo salvado el umbral de la puerta, repilió:

—¡Entrad! ¡entrad!... ¡He trabajado por ti, mi buen amigo!... y trabajado de firme sin vanidad!... ¿Zora no ha carecido de nada?

Zora era el pequeño King's Charles que participaba de la cama del señor Johann Spurzeim.

—De nada ha carecido—respondió Pedro Falcone, pálido y desencajado.

Johann observó esta última circunstancia y le dijo:

—¿Qué tienes, amigo?

—¡Oh! ¡qué noche tan terrible!—murmuró el doctor.

—Una hermosa noche—contestó Johann restre-

gándose las manos;—¡una hermosa noche!... Toma la cortina y vuévela á colocar sobre la puerta... me gusta que todo esté en orden. ¡Ah! compañero Falcone, ¡cuán útil ha sido la cortina esta noche!

Y rió con fatiga.

—Cuando habrás puesto la cortina—repuso,—pasarás el cerrojo... Luego volveremos arriba... para acostarme... y dormir como un santo...

Mientras que el doctor obedecía con aire taciturno, Johann le iba diciendo:

—¡Por ti, amigo, por ti!... Tu tarea de esta noche no ha concluído... ¡Voto á bríos! has nacido de pie... te invito para un baile!... Dentro de un momento irás á bailar al palacio Doria-Doria, mi camarada.

—Estoy cansado—dijo Pedro Falcone queriendo rehusar el honor que se le hacía.

El jefe de policía prorrumpió en una carcajada.

—¡Heos ahí!—exclamó;—sólo yo soy infatigable. Si hubieseis hecho no más que la mitad de mi tarea, estaríais muerto, mi pobre compañero.

Pedro Falcone acababa de colgar la cortina y pasar el cerrojo.

—Hace dos horas—murmuró,—que oigo el estertor de una mujer moribunda.

La fisonomía de Johann cambió de repente, y tomando un aire doliente, murmuró:

—¡Pobre Bárbara!... mucho la echaré de menos.

Y callóse. Pedro Falcone estaba de pie delante del bufete con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Ha sufrido mucho?—preguntó Johann con los ojos medio cerrados y hablando muy bajo.

—Aun está sufriendo—respondió Pedro Falcone.

Una convulsión nerviosa agitó el rostro de Spurzheim.

—¿Y se la oye gritar desde mi dormitorio?

—Distintamente, señor.

Johann reflexionó durante un segundo; después dijo:

—En esta parte de la casa no duerme nadie. No hay peligro.

Pedro Falcone sintió frío en las venas.

—Dejemos esto—replicó Johann;—era necesario... La necesidad carece de ley... pero la echaré de menos.

Luego cambiando de repente de tono dijo al doctor:

—Ponte esta sortija en tu dedo medio; su posesión te hace caballero maestro, y á estas horas tienes en Nápoles un ejército de veinte mil soldados... Mañana, si quieres, serás el médico del rey... El secreto de los maestros del Silencio es triple... El maestro del Silencio sabe dónde está el tesoro; posee la clave de los caracteres, y conoce el nombre de sus iguales... Acércate.

Falcone se adelantó.

Johann prosiguió bajando la voz:

—El tesoro está en el Abruzzo citerior, al pie del monte Laura, en los subterráneos del castillo de Púrpura edificado por los Borgia de Roma, y que forma parte de los dominios de Monteleone. La clave de los caracteres está en este papel; tómalo; sabrás tanto como yo... Tus iguales son seis, incluso un gran maestro que tendrá en sus manos tu vida y la mía: éste es Porporato... el cual tiene también otros nombres.

Quedan cinco maestros.

Primero yo: luego mi teniente Andrés Visconti Armellino, intendente superior de policía. Su verdadero nombre es Policeni Corner. El tercero en importancia es el coronel San Severo; un hércules, un gigante, del cual hemos de ver el fin.

Su verdadero nombre es Lucas Tristany; su apodo de bandido «il Capitano». El cuarto es el anciano Massimo Dolci, banquero de la corte. Este nos estorba algo. Su nombre verdadero es Amato Lorenzo. El quinto, llamado el caballero Hércules Pisani, pertenece en cuerpo y alma á Porporato. Era el amigo del barón de Altamonte, quien poseía la sortija que te he dado. Cuando estorbe nuestro camino lo derribaremos. Llámase Marino Marchese.

Armelino desea mi empleo: esto le costará caro; San Severo es demasiado fuerte; los otros tres han adivinado mi objeto y están de más. Amigo Falcone, si quieres, quedaremos solos, ricos los dos y poderosos como reyes.

—¿Qué se necesita para ello?—preguntó el doctor.

Johann fijó en él su mirada y prorrumpió en esa risa sarcástica que tan singular efecto producía en su cara demacrada.

—Primero se necesita—replicó Johann,—tomarme en tus brazos y llevarme con toda suavidad á mi cama, porque tengo sueño.

—Señor—dijo Falcone,—si volvéis á vuestro cuarto, oiréis los gemidos...

—Poco tiempo ha tardado—interrumpió Spurzeim con calma;—las pastillas estaban bien hechas.

Y le tendió los dos brazos como los niños cuando piden la ayuda de su niñera. Pedro Falcone le tomó en los suyos y subió la escalera con la misma facilidad con que la había bajado. Johann esperó hasta la última grada á que se mostrase cansada la respiración del que le llevaba, pero en vano.

Johann dijo:

—Estas respiraciones tan largas ño son las mejores.

Al entrar en su dormitorio aplicó el oído, y oyó un gemido lejano y débil.

—Hace poco—dijo Falcone—que era mucho más fuerte.

Johann exhaló un gran suspiro y se envolvió en su cobertor, donde el King's Charles le acogió fraternalmente.

—Abre la gaveta de mi cómoda—dijo á Falcone;—hacia la derecha hay un papel... Tómale.

El doctor iba á entregárselo, cuando Johann le detuvo diciendo:

—Es para ti... Lee.

«Loredano Doria y la condesa Angélica, su hermana, suplican á don (el nombre en blanco) que les haga el honor de asistir al baile de esta noche».

—Pondrás tu nombre—le dijo Johann,

—Y ¿qué haré en el palacio Doria?

—Observarás.

—La noche está muy adelantada.

—Aquel por quien te envió, llegara después que tú.

Como el doctor iba á responder, Johann le hizo seña de que escuchase. Oyóse una tos profunda seguida de un débil grito. Luego reinó en la casa el más profundo silencio.

—¡Pobre Bárbara!—dijo Spurzeim;—este debe ser su último suspiro.

—Señor...—balbuceó el médico.

—Bien, amigo, bien... las opiniones son libres... Bajad la lámpara é idos, Falcone; tengo sueño.

El doctor dió vuelta al botón, con lo que la luz de la lámpara, sin extinguirse, despidió una claridad débil, que era la que Johann quería.

Luego llamó á Falcone.

—Amigo—le dijo,—¿no me habéis dicho que conocíais al príncipe Fulvio Coriolani?

—Al contrario, señor, jamás le he visto.

—¿No?... es particular... Todo el mundo le conoce bien. Oid, Falcone... Cuando esta noche anunciarán en el palacio Doria-Doria al príncipe Fulvio Coriolani, mirad atentamente á ese joven y brillante caballero... Después que le habréis mirado, no me preguntaréis por qué os he enviado á esa fiesta. Id.,



Media hora después Joliann dormía.

De repente el King's Charles sacó la cabeza fuera del cobertor y se enderezó sobre sus cortas patas.

Oyóse ruido en la puerta.

Johann oía, porque su sueño era siempre ligero, pero le costaba algunos minutos vencer el entorpecimiento que paralizaba sus miembros al despertar.

Muchas personas afectadas de enfermedades nerviosas experimentan á veces este síntoma cataléptico.

La cara del jefe estaba vuelta hacia la cabecera de la cama.

Acababa de abrirse la puerta.

El terror cubrió todo el cuerpo de Johann de un sudor helado.

El perrito se puso á aullar y se lanzó bajo la cama.

Luego se oyó como el ruido de una lucha terminada por dos estertores

Nuevo silencio.

Después de dos ó tres minutos de terrible angustia, Johann recobró el uso de sus movimientos y se volvió. Todo estaba inmóvil en el aposento.

Pero á los débiles resplandores de la lámpara, Johann creyó ver la puerta abierta y una masa sombría delante del umbral de la misma.

Subió la lámpara y el cuarto se inundó de luz.

En efecto, la puerta estaba abierta, y el cuerpo de Bárbara Spurzeim, su esposa, yacía al lado de King's Charles estrangulado.

Johann se horripiló.

Levantóse como pudo y se arrastró por el cuarto, llevando la lámpara por delante.

La mano izquierda de Bárbara tenía aún apretada la garganta del perrito, el cual le había mordido con rabia. Alrededor de su boca contraída y apoyada en el suelo se notaba la sangre de su último acceso de tos, el cual la había ahogado.

Con esta sangre su mano derecha había trazado unas letras en el suelo.

Johann leyó:

«Dentro de ocho días y á esta misma hora, te aguardo en el infierno, ¡asesino!»

Johann miró el reloj de péndulo que marcaba las doce y media.

—¡Ella 'conocía el porvenir!—exclamó dejándose caer rendido al lado del cadáver.

—Pobre Bárbara—murmuró,—ha querido vengarse... Sí, es sólo para amedrentarme... yo viviré cien años!..



El carruaje en el cual hemos dejado á Balde-
monio, cruzó al galope las calles, entrando en
seguida en el patio de un elegante y magnífico
palacio, situado en la ciudad alta, hacia el me-
dio de la strada nuova di Capodimanti.

Athol saltó con ligereza fuera del carruaje.

Luego que hubo subido las gradas de mármol,
todo fué movimiento y ruido en el patio.

Abriéronse las caballerizas y salió de la coche-
ra un espléndido carruaje de corte.

Ruggieri, dirigiendo un ejército de criados, le
hizo poner un tiro compuesto de cuatro magní-
ficos caballos franceses.

Hacia la misma hora en que Bárbara y el King's
Charles, que era lo que Johann Spurzeim más
amaba en este mundo, morían juntos, veíanse apa-
recer antorchas en lo alto de las gradas de mármol.

El caballero de Athol, en traje de corte, lle-
vando el cordón de la Anunziata, apareció dando
la mano á una joven cubierta con un velo.

Al subir los dos al carruaje, el caballero de
Athol dijo á Ruggieri, que se sentó en el pescante
vestido de gran librea:

—Al palacio Doria-Doria.

FIN DEL TOMO PRIMERO